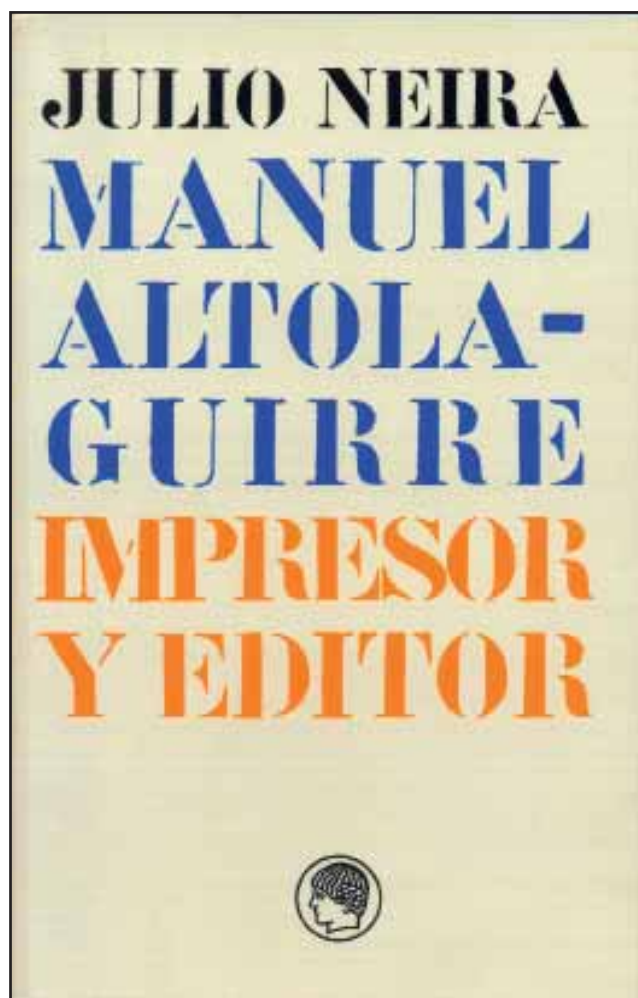


Re-Señas de Libros

Re-Señas de Libros

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO



- Neira, Julio Manuel Altolaguirre, impresor y editor. Málaga, Universidad de Málaga / Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2008. 709 pp.

En los últimos años investigadores y ensayistas han fijado su mirada con mayor atención en la producción literaria y en la labor como impresor llevada a cabo por el poeta malagueño Manuel Altolaguirre (1905-1959), uno de los integrantes de la llamada Generación del 27. Con motivo del centenario de su natalicio vio la luz en Madrid un voluminoso catálogo rico en informacio-

nes, fotos y trabajos sobre este autor, así como su *Epistolario* (1925-1959), editado por el acucioso investigador inglés James Valender. En el año 2008 la Editorial Renacimiento, de Sevilla, reunió en doce tomos la *Poesía Completa* de Altolaguirre. A esas meritorias publicaciones ha venido a sumarse ahora el presente texto del profesor y ensayista madrileño Julio Neira, que constituye una exhaustiva compilación de toda la actividad desplegada por este poeta como impresor y editor en Europa, en Cuba y finalmente en México.

Desde muy joven Altolaguirre cultivó la poesía y con solo 18 años se adentró en el mundo de la imprenta al tomar parte en su ciudad natal en la confección

de la revista literaria estudiantil *Ambos*. Años después, de modo independiente o junto con su esposa, la poetisa Concha Méndez, imprimió publicaciones periódicas de mayor relevancia, como *Caballo Verde para la Poesía* y *Hora de España*, y poemarios de Federico García Lorca, Rafael Alberti, Miguel Hernández y otros autores de su generación. Esta labor suya, a la cual se entregó con entusiasmo y espíritu creativo, tuvo además como escenario las ciudades de Madrid, París, Londres y

Valencia y llevó al poeta Pedro Salinas a llamarlo, con afecto y admiración, "el Don Juan de las imprentas".

La Guerra Civil Española, iniciada en 1936, cambió, como a tantos otros, el rumbo de su destino y en su caso individual lo llevó a alinearse a la causa republicana, a la cual brindó el servicio de imprimir, a veces bajo el bombardeo, versos solidarios de César Vallejo, Pablo Neruda y Nicolás Guillén. Al consumarse el desplome de la República tuvo que emprender el duro camino del exilio y en abril de 1939 arribó a La Habana, donde logró instalar la imprenta La Verónica. En este taller vieron la luz textos de importantes escritores cubanos como Emilio Ballagas, Lydia Cabrera, Jorge Mañach, Regino Pedroso, Agustín Acosta, Ángel Gaztelu y Manuel Navarro Luna, al igual que algunas revistas de notable calidad, entre ellas *Espuela de Plata* y *Nuestra España*, y catálogos de exposiciones de pintura. En 1943 Altolaguirre pasó a residir en Ciudad de México y allí continuó sus proyectos editoriales hasta el año 1950, cuando comenzó a dedicarse por entero a la creación cinematográfica.

Julio Neira nos ofrece paso a paso toda su trayectoria como impresor, los proyectos editoriales - realizados o frustrados - en los que tomó parte, los diversos contratiempos económicos que hubo de afrontar, las características técnicas de sus libros impresos, el diseño, las letras, los colores, las viñetas y los tipos que empleaba. Gracias a su búsqueda meticulosa podemos conocer que Altolaguirre en total imprimió 274 títulos, entre revistas, folletos, libros y catálogos, de los cuales 113 corresponden a su estancia en Europa, 105 a Cuba y 56 a México. Quiere esto decir que a pesar de haber permanecido sólo cuatro años en nuestro territorio, fue Cuba el país donde este poeta andaluz desarrolló su mayor y más intenso que-

hacer como impresor.

Además de toda la abundante información que nos brinda, cuenta esta bien documentada monografía con un apéndice que contiene el catálogo completo de las revistas y libros editados por Altolaguirre, ordenado de acuerdo con los lugares y las fechas de publicación. En papel de excelente calidad aparecen las portadas de esos textos con el respaldo adicional, al pie, de otros datos bibliográficos y de contenido. Al concluir la lectura de esta voluminosa obra podemos afirmar que su autor llevó a cabo una investigación de tal hondura que apenas ha dejado espacio para que otro estudioso de la figura de Altolaguirre aporte algún nuevo detalle acerca de su desempeño editorial.

- García Vega, Lorenzo *El oficio de perder (Memorias)*. Sevilla, Ediciones Espuela de Plata, 2005. 559 pp.

Los recuerdos personales constituyen la principal arcilla con la que Lorenzo García Vega ha forjado a lo largo de varias décadas su importante obra literaria, que abarca fundamentalmente los géneros de poesía, narrativa y memorias. Con sólo 22 años publicó

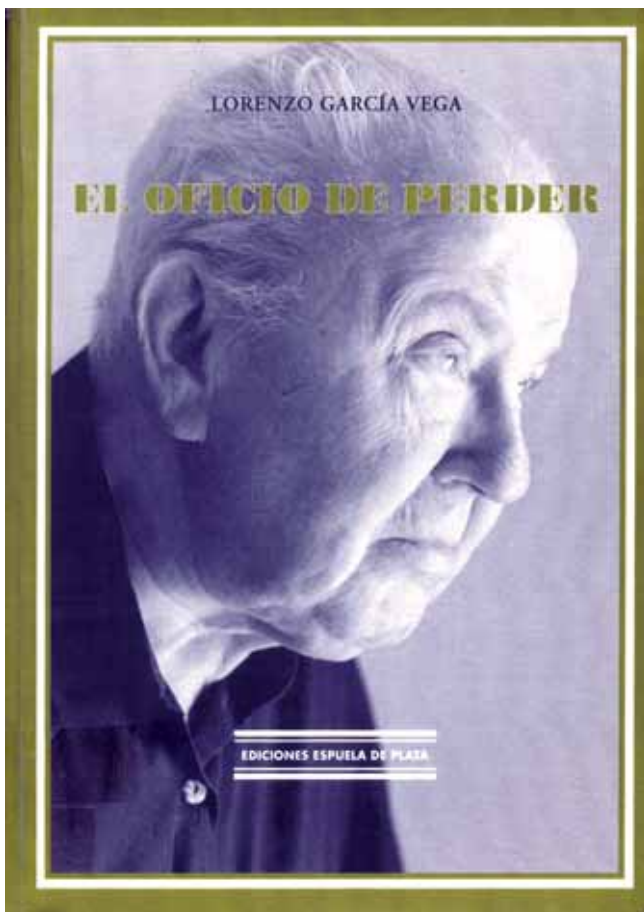
el libro de versos *Suite para la espera* (1948), en el que recreó sus vivencias infantiles en la localidad matancera de Jagüey Grande, y en 1952 recibió el Premio Nacional de Literatura con el libro de cuentos *Espiraes del cuje*, también basado en experiencias personales y familiares. Años después, ya en el exilio en Caracas, dio a conocer *Rostros del reverso* (1977), especie de diario que incorpora reflexiones y estados anímicos, y un libro muy polémico, *Los años de Orígenes* (1978), en el cual ofreció toda una serie de valoraciones y testimonios desmitificadores que vinieron a empañar la hasta entonces supuesta confraternidad de los integrantes de aquel grupo de poetas, encabezado por Lezama Lima. En esta ocasión, animado por similar impulso evocativo, nos presenta *El oficio de perder*, que abarca desde su infancia en Jagüey Grande hasta el momento en que, con 71 años y mientras se desempeñaba como bag-boy en un supermercado de Miami, ciudad que nombra Playa Albina, escribió la obra.

La lectura de estas páginas nos permite apreciar el proceso de constante inadaptación neurótica de su autor, incapaz de alcanzar una identificación, un entusiasmo, un arraigo. No guarda un recuerdo agradable de su localidad natal, cuyo ambiente pueblerino tacha de mediocre e insoportable; tampoco del período republicano, corroído por la politiquería y el falso patriotismo de “los bombines de mármol”, ni del entorno familiar, protagonizado por su padre, representante a la Cámara. Menos simpatías aún le provocó el proceso revolucionario iniciado en 1959. Su salida de Cuba a los 42 años representó la ruptura con una circunstancia social que rechaza-

ba; pero no significó su ingreso en un plano mayor de realización personal. La descripción de sus experiencias en Madrid, Caracas, Nueva York – donde casi se hundió en el alcoholismo – y por último en Miami, donde tuvo que aceptar un humilde empleo nada intelectual, no contiene ribetes dorados. Lejos de disiparse, en estos últimos años su descreimiento, que ya lo había llevado a repudiar el patriotismo y la fe en una causa política, se hace más profundo y nos llega a decir: procedo “de una isla donde la nacionalidad nunca cuajó” (p. 82). Al avanzar por este sendero empedrado por el nihilismo se arroja además con la autoparodia y se declara un “literatoso” no-escritor, un perdedor, lo cual constituye todo un estigma en una sociedad tan competitiva como la norteamericana, siempre dispuesta a exaltar a los triunfadores.

De por sí estas memorias son reiterativas, como confiesa el autor, pero en particular hay una insistencia en su condición de perdedor que consideramos relacionada con ese sentido de la derrota del que nos habló María Zambrano – llamada por García Vega, con cierta sorna, “la sacerdotisa de Orígenes” – en un magnífico artículo publicado en 1953 en la revista *Bohemia*. Para la pensadora española “la derrota es creadora en la historia como el fracaso individual lo es en el pensamiento, en el arte más perenne”. Lorenzo García Vega es un perdedor cuando a los 71 años empuja un carrito en el parqueo de un supermercado miamense; no lo es cuando salen sus escritos en letra impresa. Aunque sus páginas destilen frustración y resentimiento y parezcan el testimonio de un permanente aguafiestas, imposibilitado de entender de alegrías y de compartir entusiasmos colectivos, siempre a contracorriente.

La descripción que nos hace de su llegada a la capital en 1936, procedente de un humilde poblado del interior del país, guarda estrecha analogía con la ofrecida anteriormente en su novela *La Habana para un infante difunto* (Barcelona, 1979) por Guillermo Cabrera Infante, cuyo arribo desde la oriental localidad de Gibara ocurrió en 1941. García Vega coincide con éste en que “La Habana estaba llena de templos cinematográficos donde un niño podía construirse un personaje” (p. 155); pero mientras para el autor de *Tres tristes tigres* la principal ciudad de Cuba era



toda una fiesta, para el narrador maticero “aquella Habana, no lo pongan en duda, era la ciudad más mediocre del mundo” (p. 148). Casi todos sus juicios están marcados por esa insatisfacción permanente.

Podemos preguntarnos entonces; ¿qué aportan estas memorias dictadas por la incredulidad, el descreimiento y la descalificación? A nuestro entender, no sólo aportan una mirada diferente que debe ser permitida y respetada, sino la posibilidad de contrastar apreciaciones antagónicas, de reafirmar algunos criterios e invalidar otros, de interrogar nuevamente esos recuerdos del autor que forman parte de la memoria colectiva de nuestro país. En fin de cuentas merece más atención una voz discrepante que un rotundo aplauso complaciente.

- Yáñez, Mirta *El búfalo ciego y otros cuentos*. La Habana, Ediciones Unión, 2008. 181 pp.

En el conjunto de las narradoras cubanas contemporáneas Mirta Yáñez ha logrado ocupar un sitio sobresaliente a través de los libros de cuentos que ha dado a conocer en las últimas décadas. Ahora en este volumen nos ofrece una selección de dichos libros, titulados *Todos los negros tomamos café* (1976), *La Habana es una ciudad bien grande* (1980), *El diablo son las cosas* (1998) y *Falsos documentos* (2005), selección que nos brinda la oportunidad de apreciar el proceso evolutivo que ha conocido su cuentística.

Los textos que integran su primer libro lograron apresar las experiencias adquiridas por los estudiantes habaneros que en 1963 marcharon a tomar parte en las labores de recogida de café en las zonas rurales de Mayarí. La aventura que significó aquella vivencia, el descubrimiento de otras realidades en nuestro país, el encuentro con personajes atípicos y el enfrentamiento a obstáculos naturales, como ascender montañas o afrontar un ciclón, quedaron atrapados en esos cuentos, en los cuales puede además observarse la mirada del narrador desde el punto de vista juvenil, el de una muchacha, y la valoración clasista de los individuos y de las situaciones. El cuento que le da título al cuaderno, “Todos los negros tomamos café”, es un buen ejemplo de esa perspectiva, marcada también por el enfrentamiento generacional.

Un mayor deseo de reflejar los

componentes dramáticos de la vida, como la muerte, la soledad y el hambre, está presente en varios de los relatos que publicó unos años después – “El doliente”, “De tripas corazón” -, cuya acción ya tiene como escenario preciso la ciudad de La Habana, aunque muchas veces transcurre no en el período revolucionario, sino en el republicano. Con posterioridad Mirta Yáñez hubo de incorporar a su producción cuentística otros temas de mayor complejidad humana como el reencuentro familiar después de mucho tiempo de separación – “Cortado en dos” -, las ingenuas ilusiones de una niña en un ambiente pueblerino – “El búfalo ciego” -, la depauperación física y mental que acompaña a la vejez – “No somos nada”, “El diablo son las cosas” -, los errores en la enseñanza de los hijos – “Ópera prima” -, las frustraciones de una mujer – “Pájaro de mal agüero”. En sus últimas narraciones, reunidas en el libro *Falsos documentos*, encontramos un mayor nivel de intelectualización de los asuntos abordados, que nos remiten a autores conocidos, entre ellos Dante y Horacio Quiroga, y a personalidades de nuestro mundo cultural como la profesora Camila Henríquez Ureña y el novelista Ezequiel Vieta.

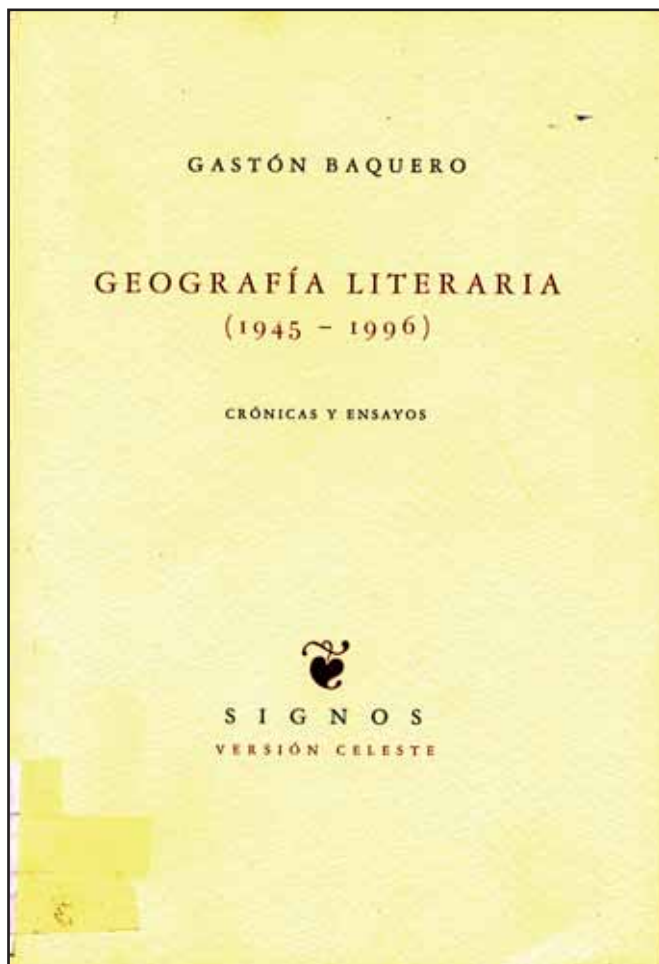
Los cuentos de Mirta Yáñez transitan de los ambientes colectivos, el lenguaje coloquial y el estilo dialógico, que incorpora el monólogo, al texto narrativo breve, más enfocado en lo individual y cercano a la reflexión y a la sugerencia, menos interesado en plasmar algún conflicto social. El humor, que abundaba en sus primeras páginas, ahora se ha estilizado para desembocar preferentemente en una suave ironía. Y si algunos de los personajes de sus primeros relatos eran esquemáticos o habían sido trazados de un modo deficiente, como el de Cuco Serrano en “De muerte natural” y el del padre Gil do en “Una broma pesada”, los que hallamos en los textos posteriores poseen una mayor hondura humana, de lo cual sirve de ejemplo la abuela de “Cortado en dos”. Sólo se echa de menos en al-



gunas ocasiones un mayor desarrollo, un enriquecimiento del contenido de la narración a través de nuevas situaciones, conflictos, recuerdos o personajes, lo cual podría contribuir a elevar la calidad de cuentos breves, entre ellos “Para contar una historia de Navidad”. A no ser que la autora haya decidido optar por la estampa narrativa, que constituye también un camino válido en la creación literaria.

- Baquero, Gastón *Geografía literaria (1945 - 1996). Crónicas y ensayos*. Madrid, Huerga y Fierro Editores, 2007. 237 pp.

En 1943 Gastón Baquero se graduó en la Universidad de La Habana de ingeniero agrónomo; profesión que nunca ejerció, y poco después se incorporó al equipo de redactores del periódico *Información*. Ya entonces había dado a conocer dos cuadernos de versos, *Poemas* y *Saúl sobre su espada*, y había entrado a formar parte del círculo de poetas encabezado por Lezama Lima. Todos ellos esperaban de él una entrega aún mayor a la creación poética; sin embargo, después de haber colaborado con un poema en el primer número de



la revista *Orígenes*, en 1945 pasó a ser columnista y editorialista del *Diario de la Marina* y se entregó por completo a las tareas periodísticas, que lo llevaron a ocuparse a continuación de los acontecimientos políticos del momento, de las refriegas partidistas y de la defensa de causas de muy dudosa dignidad. No faltó entonces quien considerara aquel desvío suyo como una deplorable pérdida para la literatura nacional y el derroche inútil de todo un talento y de una cultura personal admirables.

Esta valoración era acertada, sin lugar a dudas, mas no del modo absoluto que se creía. Baquero escribió en el *Diario de la Marina* hasta el triunfo revolucionario de 1959, cuando marchó al exilio en España. Una vez establecido en Madrid, reinició su actividad periodística como colaborador de *ABC*, *Mundo Hispánico* y otras publicaciones españolas y demostró con el libro titulado *Memorial de un testigo* (1966) que, lejos de evaporarse, sus facultades de poeta se habían engrandecido. Tuvo la dicha de disfrutar de una larga existencia y engrandecer hasta el final de

sus días su obra literaria.

Ahora en el presente volumen nos encontramos reunidos, gracias a la labor de compilación de Alberto Díaz-Díaz, autor también del prólogo, más de cuatro decenas de artículos literarios dados a conocer por Baquero en el período comprendido entre 1945, en el ya citado diario habanero, y 1996, en revistas madrileñas. Cada uno de ellos tiene como centro a un autor de renombre, entre los que se hallan los cubanos Martí, Casal, Lezama Lima, Ballagas y Eliseo Diego, los españoles Cervantes, Quevedo, Bécquer, Juan Ramón Jiménez, Azorín, Luis Cer-

nuda, Valle-Inclán y Gerardo Diego, y otros conocidos escritores de diversos países y épocas como Valéry, Rilke, Darío, Claudel, Gabriela Mistral, Borges, T. S. Eliot y Neruda.

En estos breves textos, redactados bajo la presión de las limitaciones que impone la plana periodística, logró condensar los valores esenciales de al menos algún aspecto importante de los autores abordados, sin desviarse de la meta con informaciones biográficas innecesarias o con valoraciones socio-políticas. Baquero fijó invariablemente la atención en los méritos estéticos de cada producción literaria y por encima de sus posiciones conservadoras y de su explícita religiosidad fue capaz de no escamotearle elogios, por ejemplo, al libro de poemas *Residencia en la tierra*, del comunista Pablo Neruda, ni a los versos luciferinos de *Cantos de Maldoror*, del demoníaco Conde de Lautréamont.

De acuerdo con sus patrones de juicio, el móvil ideológico de una obra, su interés en la denuncia social y el sabor

pintoresco quedan al margen del criterio estético y no constituyen de por sí un elemento digno de elogio. De igual modo, Baquero no ocultó nunca su concepto refinado del arte, al igual que su permanente hispanofilia. Y no deja de resultar sorprendente, por otra parte, que a pesar de la brevedad de esos comentarios suyos haya logrado incorporar a los mismos algunas valiosas reflexiones que merecen ser analizadas con detenimiento. Veamos las siguientes, que hemos tomado de su artículo sobre Rilke publicado en el *Diario de la Marina* el 29 de diciembre de 1946:

“El poeta, al revés de lo que se acostumbra a pensar, es el más práctico y el más utilitario de los seres: nadie como él extrae de la realidad tantas especies, tantas riquezas y rostros. El Hombre práctico, el que cree que “va a lo concreto” y condena en el poeta una actitud de ensueño que juzga desvinculada del mundo, pasa junto a la maravilla de las cosas y de los seres, lleno de un apresuramiento y de una suficiencia que no le permiten comprender que sólo se lleva con él la superficie de las cosas.”

Esta compilación viene a demostrar de un modo irrefutable algo que ya se suponía vagamente: en realidad Baquero nunca se alejó de la literatura en sus años de intenso quehacer periodístico. A lo largo de aquella etapa, por medio de artículos muchas veces ocasionales, para celebrar el centenario de un autor o la publicación de un nuevo libro, para conmemorar una efeméride o trazar una evocación, dio a conocer trabajos literarios de notable calidad en la efímera página de los diarios, que con tanta rapidez envejece. También podemos afirmar que con esos sustanciosos textos contribuyó a enriquecer el mundo periodístico cubano de las décadas del 40 y del 50 del pasado siglo, como igualmente hicieron desde distintas ópticas y diferentes temas Chacón y Calvo, Medardo Vitier, Mañach, Roa, Suárez Solís, Ichaso, Labrador Ruiz y otros escritores de renombre, en lo que constituyó una meritoria práctica ya desaparecida de nuestro periodismo.

- Briones Montoto, *Newton Esperanzas y desilusiones. Una historia de los años 30*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008. 394 pp.

Con notable dedicación el historiador Newton Briones Montoto se ha entregado al estudio del período de

nuestra etapa republicana comprendido entre el inicio del gobierno de Machado en 1925 y el derrumbe de la dictadura de Batista en 1958. Resultados de sus investigaciones han sido las obras tituladas *Aquella decisión callada* (1998), *Acción directa* (1999) y *General regreso* (2005), en las cuales puso de manifiesto sus simpatías hacia el movimiento revolucionario de 1933 y en particular hacia la figura de Antonio Guiteras. Fiel a esa admiración, en esta oportunidad trató de hacer un recuento de los acontecimientos políticos más importantes ocurridos desde la Huelga General que derrocó a Machado hasta la terminación, meses después, del denominado Gobierno de los Cien Días, que encabezó Ramón Grau San Martín.

En realidad no son numerosas ni relevantes las nuevas informaciones que en este libro nos ofrece su autor, aunque debemos destacar el empleo acertado que hace de algunas fuentes bibliográficas novedosas e inéditas, entre ellas la autobiografía de Segundo

Curti Messina, Ministro de Defensa durante el gobierno de Carlos Prío, y las memorias del desaparecido dirigente comunista Joaquín Ordoqui, así como de algunos textos impresos fuera de Cuba y poco conocidos entre nosotros. El mayor mérito de *Esperanzas y desilusiones* radica, a nuestro entender, en haber logrado condensar con objetividad la esencia de los muy peculiares fenómenos políticos ocurridos entonces en nuestro país, como fue la insólita defenestración de toda la alta oficialidad del ejército debido al empuje ambicioso de un puñado de cabos y sargentos. Con el fin de abarcar la trayectoria de los diversos protagonistas de la época y los distintos escenarios en que éstos se movieron, Briones Montoto alterna en su libro la actuación, por ejemplo, del coronel Batista en Columbia, la del enviado especial Sumner Welles en la embajada norteamericana, la del general Machado en el exilio y la de Grau y Guiteras en el Palacio Presidencial. En relación con este último el autor señala, con acierto, la incomprensión

que sufrió por parte de algunos sectores muy radicales, inconformes con el calado de sus leyes sociales a pesar del carácter transformador que poseían.

Mayor significación para nosotros tiene, sin embargo, la justa valoración que hace de Grau San Martín, en quien reconoce, al margen de sus limitaciones y de sus desaciertos, que “era un hombre de mentalidad civilista, primaba en él el respeto por la integridad de los hombres. Por su mente no pasaba actuar con mano dura contra los que se le oponían, y menos utilizar un arma para defender lo que podría considerar sus derechos, sin que nadie pudiera decir por ello que era un hombre

cobarde” (p. 280). Con igual sentido de la justicia y voluntad de superar erróneas valoraciones acuñadas en las últimas décadas, el autor censura la actitud hostil asumida por los comunistas cubanos ante el gobierno de Grau-Guiteras y de modo especial la perturbadora creación de soviets en los centrales azucareros de Oriente.

En relación con la masacre cometida en el frustrado entierro de las cenizas de Mella, gran acto de demostración de fuerza organizado por los comunistas en septiembre de 1933, afirma sorprendentemente Briones Montoto, sin indicar la fuente de la información: “La solemnidad del momento se vio truncada por las balas provenientes de la Iglesia de Reina” (p. 260). Nunca habíamos leído o escuchado esta grave implicación de dicho templo católico en aquel sangriento episodio. En el documento de denuncia que divulgó entonces el Partido Comunista se señaló como responsables de la matanza a los soldados del ejército y al Directorio Estudiantil Universitario y el historiador Lionel Soto en *La revolución del 33* culpó del hecho al Ejército Caribe, integrado por estudiantes, e igualmente a los soldados. En ningún caso hemos visto que se vincule a la iglesia del Sagrado Corazón, de la calle Reina, y no logramos comprender por qué motivo el autor establece dicha relación.

A diferencia de las obras de Newton Briones publicadas con anterioridad, observamos en esta una prosa mucho más pulida y elaborada y una mayor inclinación a interpretar y enjuiciar los hechos, no sólo a exponerlos como una sucesión de datos. De igual forma se aprecia una valoración más madura y argumentada de algunas de las personalidades históricas que aborda. Con este libro cumplió su propósito de ofrecer un resumen político integral, sin adentrarse en los contenidos económicos y sociales, de uno de los períodos más complejos de la historia de Cuba.

